

## Don Benito y su sidra secreta

El zorro empezó a examinar la tapia y pronto se dio cuenta de que el cemento se había deteriorado y de que los ladrillos se desprendían con facilidad. Así es que intentó aflojar uno y al poco rato lo había conseguido. Pero al sacarlo de la pared, cuál no sería su sorpresa al ver aparecer por el agujero una cara peluda con grandes bigotes que decía, con voz muy irritada:

—¡Largo, largo de aquí! Esto es propiedad privada. ¡No se puede pasar!

—¡Demonios! —exclamó don Tejón—. Pero si es doña Rata...

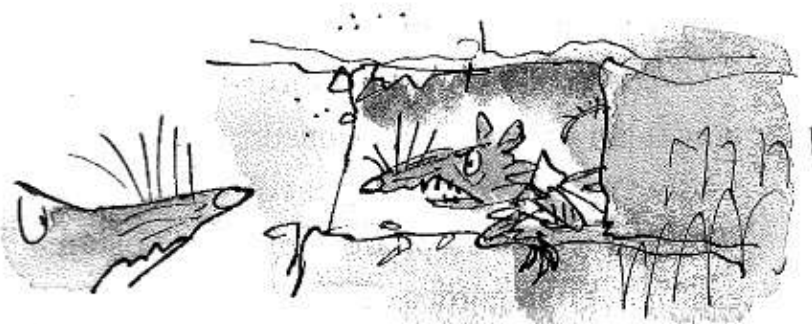
—¡Ya sabía yo que nos encontraríamos a este asqueroso bicho merodeando por aquí! —murmuró el zorro.

—¡Fuera! ¡Fuera! —chillaba la rata, cada vez más furiosa—. ¡Esta casa es mía! ¡Prohibido entrar!

—¡Cierra el pico! —le dijo don Zorro.

—¡No pienso callarme! —gritaba la rata—. ¡Yo llegué aquí la primera... así es que esto es mío! ¡Largo! ¡Largo!

Entonces el zorro tuvo una brillante idea. Se volvió hacia la rata y le dijo, enseñándole sus blancos y largos dientes:



96

—Mi querida ratita... ¿sabes que tengo mucha hambre? ¿Y sabes tú cuál es mi plato favorito? Pues... ¡ratas estofadas!

Al oír estas palabras, doña Rata abandonó el agujero y corrió despavorida hacia su refugio. El zorro soltó una carcajada y se dedicó a sacar más ladrillos de la pared, hasta que consiguió abrir un agujero lo bastante grande para poder entrar en casa del señor Benito.

—¡Adelante! —les dijo al tejón y al zorrillo.

Se encontraban en un lugar amplio, húmedo, sombrío: ¡era la bodega del granjero Benito!

—¡Pero si esto está vacío! —murmuró don Tejón—, algo decepcionado.

—¡Yo no veo ningún pavo! —dijo a su vez el zorrillo a su padre—. ¿Dónde están esos pavos tan gordos que tú nos traías a casa, papá?

97

—No hemos venido por pavos... ¡ya tenemos suficiente comida! —le contestó su padre.

—Entonces... ¿a qué hemos venido? —insistió el zorrillo.

—¡Abrid bien los ojos y mirad a vuestro alrededor! —exclamó el zorro—, ¿no veis nada que os pueda gustar?

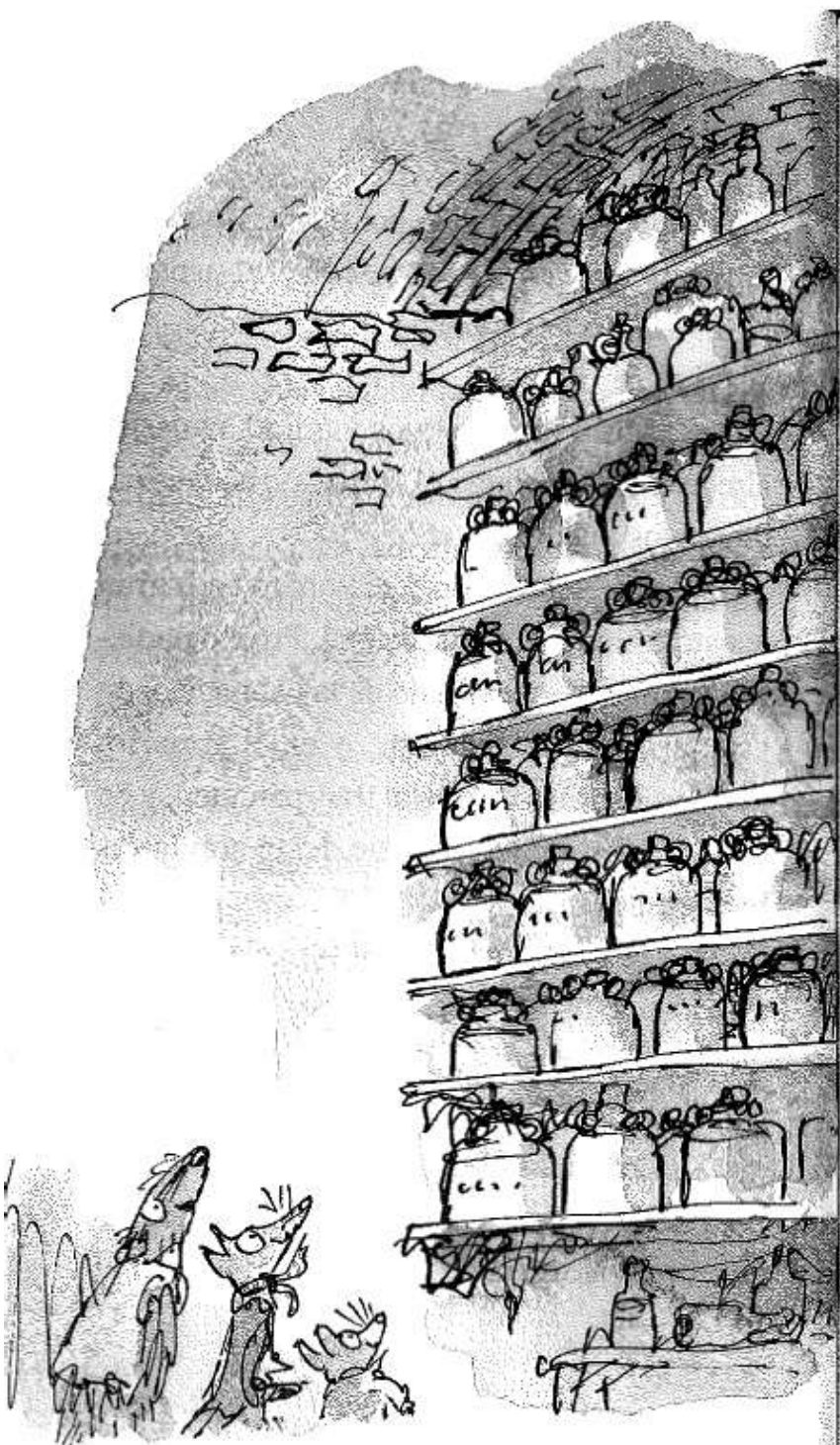
Los ojos del tejón y el zorrillo se fueron acostumbrando a la oscuridad. Pronto pudieron distinguir, en el fondo de la habitación, un gran armario de madera... y en el armario, grandes garrafas de cristal transparente... y en las garrafas, un letrero que decía con letras bien grandes: SIDRA.

—¡Ya está! ¡Ya lo tengo! —exclamó el zorrillo, dando un brinco en el aire—. ¡Hemos venido a por sidra!

—¡Exacto! —dijo el zorro.

—¡Qué gran idea! —exclamó don Tejón.

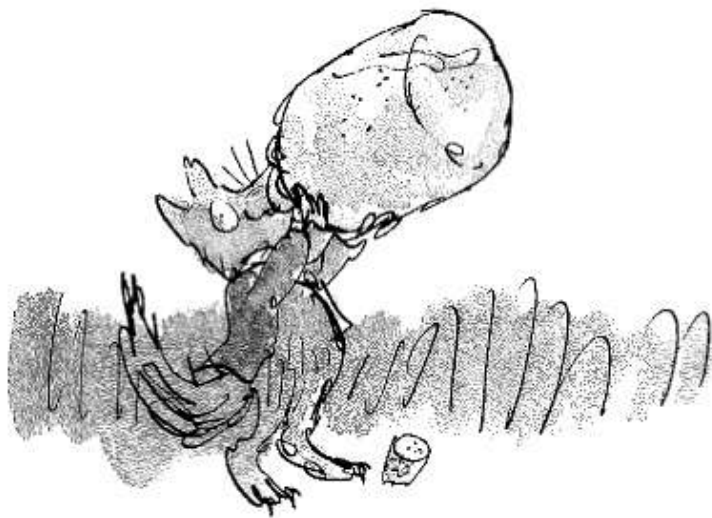
—Efectivamente, ¡nos encontramos en la secreta sidrería de don Benito! —dijo el



zorro—. Pero aquí hay que andar con mucho cuidado porque él vive aquí, justamente encima de nuestras cabezas...

—Hmmm... —dijo el tejón, muy contento—. Los tejones siempre decimos que la sidra lo cura todo: ¡un vaso con cada comida, y como nuevo! —dijo don Tejón.

—¡Cómo nos vamos a poner en el banquete! —exclamó el zorro—. ¡Nos vamos a poner morados!



100

Sin esperar al banquete, el pequeño zorro ya hacía de las suyas. Se había encaramado al armario, había abierto una jarra y se había tomado un buen trago... ¡y ahora bajaba dando tumbos!

La sidra de don Benito no era una sidra cualquiera, ¡era una sidra **SECRETA**! ¡Sólo este malvado granjero tenía la receta para hacer esta sidra... que te hervía en el estómago y luego se te subía a la cabeza!

—¡Ayayayay... que me marco! —decía el zorrillo haciendo eses...—. ¡Caramba con la sidra de Benito...

—Trae acá la jarra —le dijo su padre—. Tú ya has bebido bastante..., ahora me toca a mí —se llevó la jarra a la boca y tomó un buen trago. Al punto dio un grito de alegría—: ¡Pues es verdad! ¡Esta sidra está estupenda! ¡Fabulosa!

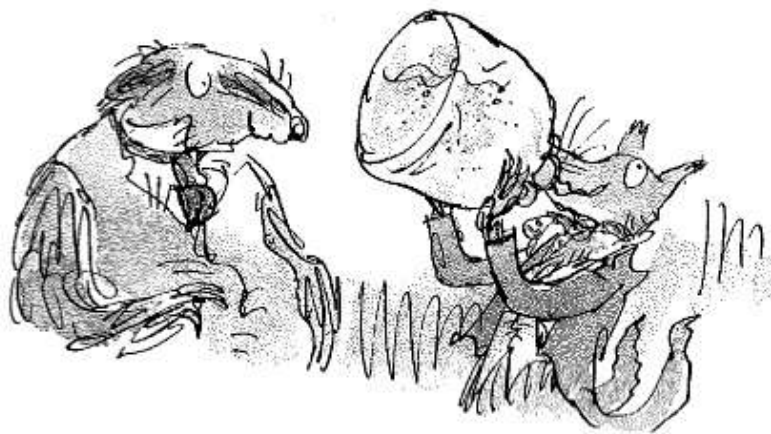
—Eh... eh... —gritó el tejón—. No seáis frescos y pasadme la jarra, que yo también

101

quiero catarla. ¡Así... así me gusta! —y en cuanto la hubo probado, también el tejón estaba loco de alegría—. ¡Pero si esto no es sidra... Esto es oro... oro puro! ¡La bebo y me parece que esté bebiendo el arco iris!

La rata, que los estaba mirando desde encima del armario, seguía furiosa:

—¡Rateros! ¡Rateros! —les gritaba—. Eso es lo que sois: ¡unos vulgares ladrones! Y encima ¡os estáis bebiendo la sidra y me vais a dejar sin nada! —les decía mientras sorbía con una paja la sidra de una gran jarra que tenía a su lado.



102

—¡Estás borracha, rata! —le gritó el zorro desde abajo.

—¡Y tú, más! —le contestó la rata—. ¡Y además, estáis armando tanto ruido que se va a enterar todo el mundo de que estáis aquí y nos van a coger a todos! Así es que, ¡largaos con viento fresco!

En aquel preciso momento, se oyó la voz de una mujer que decía desde arriba:

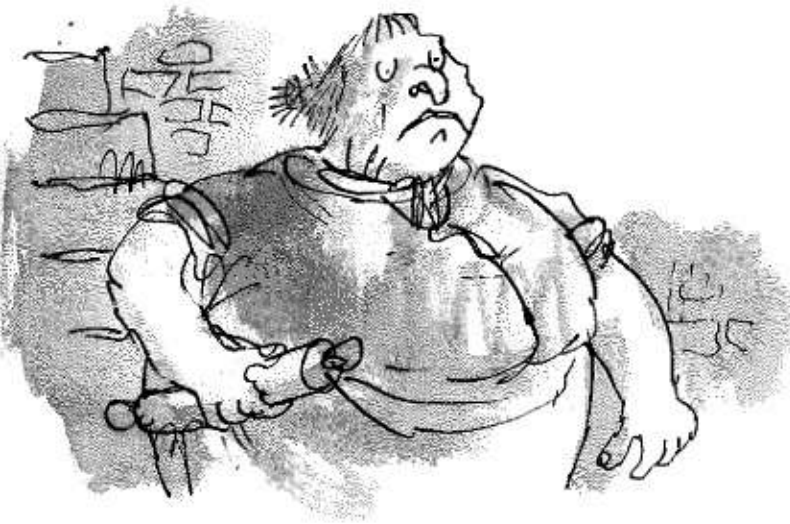


103

—¡Date prisa, Julia! Ya sabes que don Benito es muy exigente y no quiere esperar ni un minuto. ¡Sobre todo ahora que está enfadado porque no encuentra a ese maldito zorro!

Al escuchar estas palabras, los animales se quedaron helados, quietos como estatuas. Entonces oyeron el ruido de una puerta que se abría y unos pasos que lentamente bajaban las escaleras que conducían a la bodega. ¡Estaban muertos de miedo!

## La criada



— ¡Deprisa! — gritó el zorro, saliendo de su pasmo—. ¡Hay que esconderse!

Dicho y hecho. Los tres animales corrieron al armario para esconderse justamente detrás de las garrafas de sidra. Don Zorro asomó los hocicos y pudo ver a una mujer corpulenta que se dirigía hacia ellos con un rodillo en la mano. Se detuvo frente al armario, tan cerca de ellos que podían oírla respirar... ¡Sólo unas garrafas de sidra se interponían entre nuestros amigos y ella!

— ¡Señá Benita! — ahuecó la voz la criada—. ¡Cuántas le subo esta vez?

— ¡Sube dos o tres...! — le contestaron desde arriba—. ¡Las que tú quieras!

— ¡Pero si ayer se liquidó cuatro! — respondió la criada.

— Sí, pero hoy con dos o tres le bastan... No ves que están a punto de cazar al zorro... Mi marido dice que de la hora del almuerzo no pasa... tendrá que salir de su escondrijo si no quiere morir de hambre.

La criada se empinó y cogió una garrafa, justamente al lado de la que cobijaba a nuestro amigo el zorro.



— ¡Ojalá se pudra ese maldito bicho! — rezongó la criada —. Por cierto señá Benita, — le gritó a su ama —, ¿no me había usted prometido la cola del animal, en cuanto lo cazara don Benito?

— Claro que te la había prometido — le dijo su señora —. Pero me temo que no te la voy a poder dar... ¡de esa cola no ha quedado ni un pelo sano!

— ¿Qué quiere usted decir? — le preguntó la criada.

— Pues que los granjeros, en vez de cazar el zorro... ¡han cazado la cola! — dijo la señora, riéndose a carcajadas.

— ¡Vaya por Dios! — exclamó la criada. Yo que me había hecho la ilusión...

— ¡No te preocupes, Julia! — le dijo su señora, muerta de risa —. ¡Te daré la cabeza en vez de la cola! Ya verás lo bonita que está, disecada en tu dormitorio... ¡Pero...! Pero... ¿se puede saber lo que estás

108

haciendo? Sube de una vez y trae la dichosa sidra.



—¡Sí, señora, ya voy! —dijo la criada, cogiendo otra botella de sidra. A don Zorro le dio la tiritona. «Otra botella más», pensaba nuestro amigo, «y me descubre». Su hijo es-

109

taba tan nervioso que había estado a punto de volcar la garrafa...

—¡Señá Benita! —gritaba la criada desde la bodega. ¿Qué hago? ¿Subo dos garrafas... o tres?

Los animales temblaban como el azogue.

—¡Sube las que te dé la gana, pero sube de una maldita vez! —le contestó, enfadada, su ama.

—Pues entonces... ¡subiré dos! —se dijo la criada—. Mejor pocas que muchas... ¡este don Benito bebe demasiado!

Con una garrafa debajo de cada brazo, la criada Julia se alejaba hacia la escalera. Pero antes de llegar a ella, se detuvo una vez más.

—¡Señá Benita! —dijo, husmeando el aire—. ¡En esta bodega hay ratas! ¡Esto huele que apesta!

—Pues ya sabes lo que tienes que hacer —le vino la respuesta desde arriba—. ¡Échales veneno!



110

—Sí, señora... ¡ahora mismo voy a buscarlo! —dijo la criada, mientras subía dificultosamente las escaleras. Al llegar arriba, dio un portazo y la bodega quedó de nuevo en silencio.

—¡Ahora es el momento! —les dijo el zorro a los suyos—. ¡Tenemos que marcharnos antes de que vuelva! ¡Coged cada uno una garrafa y... andando que es gerundio!

Doña Rata los observaba desde las alturas del andamio.

—¿Veis como tenía razón? —chillaba, furiosa—. ¡Un poco más... y nos agarran a todos! ¡Y todo por culpa vuestra! ¡Qué ganas tengo de perderos de vista!

—¡Calla, calla, estúpida rata! —le contestaba don Zorro. ¡A ti, con ese veneno, te van a despachar al otro barrio muy prontito!

—¡Ja, ja, ja... que te lo has creído, chaval! —le contestó la rata, muy chula, y sin pensárselo dos veces añadió—: Sentada encima de


111

este armario, ¡me río yo de todos los venenos que me pongan en el suelo!


Mientras, los zorros y el tejón se metían a toda prisa por el agujero que habían abierto en la pared de la bodega. Antes de desaparecer por el túnel, el zorrillo pequeño asomó la cabeza y gritó:

—¡Adiós, ratita! ¡Gracias por la sidra... estaba buenísima!

—¡Sinvergüenzas, granujas! —les chillaba doña Rata—. ¡Ladrones, bandidos!



## El gran banquete



Con sumo cuidado, don Zorro volvió a colocar los ladrillos en su sitio.

El agujero quedó perfectamente tapiado. Mientras concluía su trabajo, le comentaba a don Tejón:

— ¡Esa rata es una bribona! La próxima vez que vuelva por aquí, le daré un buen escarmiento.

— Todas son iguales — le confesó su amigo —. Mira, zorrete, yo he visto mucho mundo; bueno, pues jamás me he encontrado con una rata con modales ni buena educación.

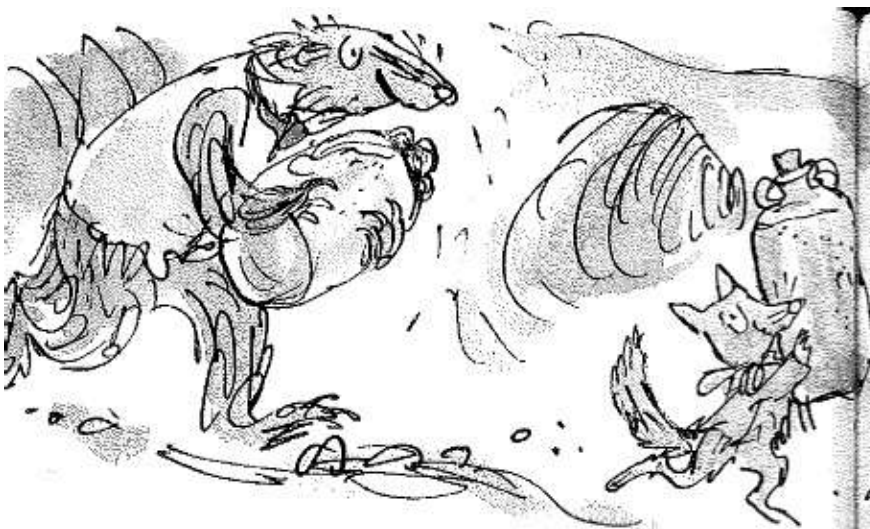
113

— Lo que le pasa es que bebe demasiado... todo el día chupando sidra es capaz de marear a cualquiera — repuso el zorro. Y colocando el último ladrillo en su sitio exclamó —: Bien, muchachos, misión cumplida. Ahora, ¡todos a casa!

En fila india, don Zorro, zorrito y Tejón corrían por el túnel, empujando las garrafas de sidra. Pronto dejaron a su derecha la desviación que conducía al almacén de Buñuelo... y, más adelante, la que llevaba al supergallinero de Bufón. Pero sólo se detuvieron al llegar a la cuesta final, la que habría de conducirlos a su guarida.

— ¡Ánimo, muchachos! — dijo don Zorro, recobrando el aliento —. ¡Ya estamos llegando! ¡Figuraos la que nos espera al final de esta cuesta! ¡Ya veréis qué cara ponen al vernos con tanta sidra!

El zorro estaba tan contento, que improvisó una pequeña canción:



—*¡Al hogar, al hogar, regresar,  
y a mi dulce zorrита besar!  
Le traigo alegría  
y buena compañía,  
y ¡una jarra de sidra sin par!*

Para no ser menos, don Tejón le contestó:

—*¡Mi pobre, mi dulce tejona  
simpática, bella, dulzona...!  
¡Su panza hambrienta  
por poco revienta...  
después de una gran comilona!*

Y los dos amigos habrían continuado cantando toda la noche de no haberse topado, al



doblar la última revuelta del túnel, con el festín que les había preparado doña Zorra. Aquello era para verlo y no creerlo. Alrededor de una gran mesa de nogal se habían congregado hasta veintinueve animales, con tres platos reservados para los recién llegados. He aquí la lista de todos los comensales:

Doña Zorra y tres zorritos.

Doña Tejona y tres tejoncitos.

Don Topo, su señora y cuatro topitos.

Don Conejo y señora, cinco conejitos.

Don Comadreja y señora, seis comadrecitas.

La mesa estaba bien surtida de pollos y patos, de jamón y de tocino, de dulces y tartas...



en fin, de una comida tan exquisita que a los recién llegados se les hacía la boca agua.

—¡Cariño, cariñito! —gritó doña Zorra al ver a su marido. Y dándole un beso, le dijo—: Amor, ¡teníamos tanta hambre que he-

mos comenzado sin vosotros! ¿No te importa, verdad, cielo?

Al zorro, claro está, no le importaba, y no hacía más que repartir besos, abrazos y palmadas entre todos los comensales. Finalmente, cogió las garrafas de sidra y, entre gritos

de «¡bravo!» y «¡Es un muchacho excelente!», las puso en el centro de la gran mesa.

— ¡Y ahora, a comer todo el mundo! — gritó don Zorro.

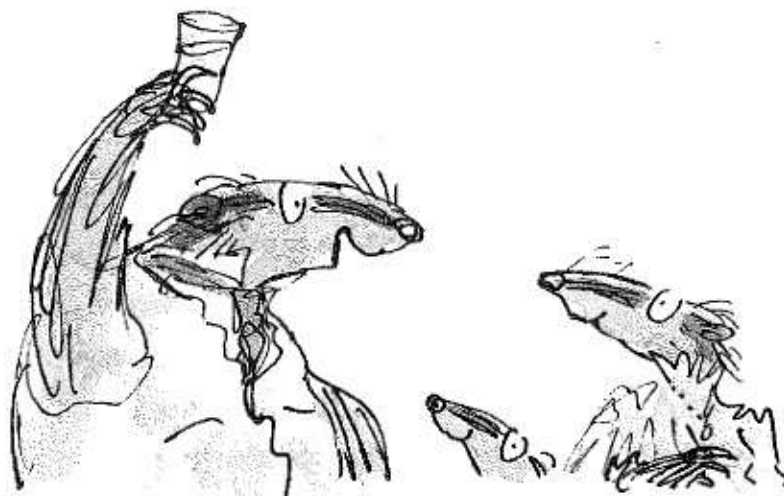
No hubo que decirlo dos veces. Los animales estaban muertos de hambre, así es que cada cual se dedicó a dar buena cuenta de la comida que había preparado la zorra. Allí no se oía ni una mosca... Sólo el ruido de algún hueso al chascarse en las fauces de los hambrientos animales. Por fin, don Tejón se decidió a romper el silencio. Se puso en pie, alzó su copa y propuso un brindis:

— Brindemos — dijo el animal —, a la salud de un viejo amigo mío, el astuto zorrete, porque hoy... ¡nos ha salvado a todos la vida!

— ¡A la salud de don Zorro! — repitieron los animales —, ¡Por muchos años!

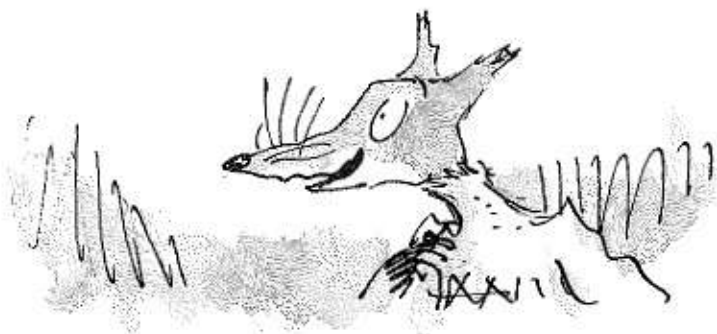
Y levantaron sus copas para brindar por él.

Entonces se levantó doña Zorra, y con la voz tomada por la emoción, sólo supo decir:



— ¡Yo también brindo por mi marido, que es más que un zorro... por algo le llaman el SUPERZORRO!

Y todos los animales aplaudieron a rabiar.



Finalmente, se levantó el homenajead don Zorro y empezó su discurso con estas palabras:

120

—Damas y caballeros: Esta magnífica cena que estáis sa... —pero no pudo continuar porque en aquel preciso momento hubo de soltar un colosal eructo, que se oyó por toda la sala... ¡Ya os podéis imaginar que las risas y los aplausos fueron atronadores! El Zorro empezó de nuevo —: Decía que esta magnífica cena que estáis saboreando, en realidad no me la debéis a mí, sino a la gentileza de los señores granjeros Benito, Buñuelo y Bufón —más risas y aplausos—. Sólo deseo que la estéis disfrutando tanto como la estoy disfrutando yo —afirmó, soltando otro poderoso eructo.



121

—¡Ánimo, zorrete! —le dijo en voz baja el tejón—. ¡No te preocupes... es mejor echarlo por arriba que por abajo!

—Pero, amigos —continuó don Zorro, con una amplia sonrisa—, creo que ya está bien de chistes... hemos de discutir ahora lo que vamos a hacer mañana. Tenemos varias soluciones. La primera: ¿qué pasaría si saliéramos del túnel y nos asomáramos al campo?

—¡Pim... pam... pum! —gritó un zorrito.

—Exacto —continuó su papá—. ¿Hay alguien de vosotros que quiera salir? En realidad, ¿qué necesidad tenemos de salir, me lo queréis explicar? ¿No somos todos animales zapadores? ¿No podemos vivir perfectamente bajo tierra? ¿Para qué salir si afuera sólo hay enemigos? ¿Para qué salir si adentro tenemos cantidad de comida, las tres mejores despensas del mundo a nuestra disposición?

122

—¡Es verdad! —decía el tejón—. ¡Yo las he visto!

—Yo os ofrezco a todos —continuó el zorro—, una vida nueva, una vida subterránea... ¡podréis quedaros todos a vivir aquí conmigo para siempre!

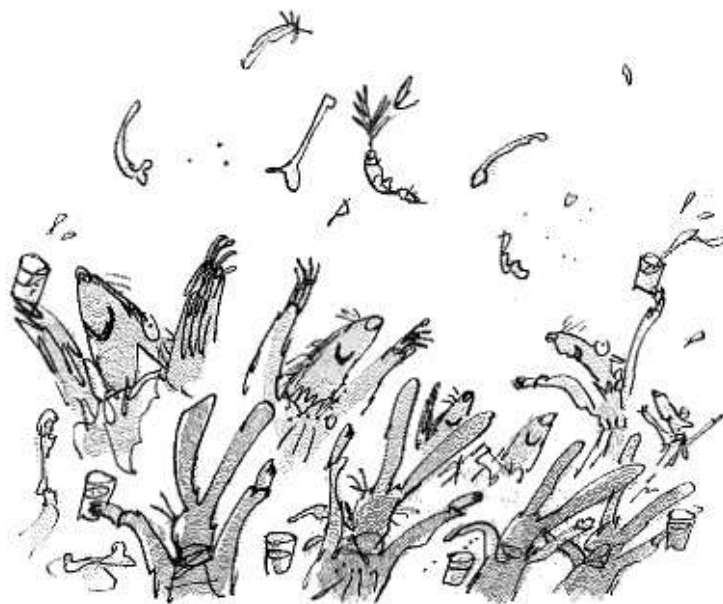
—¡Para siempre! —repitió doña Coneja—. ¿Has oído lo que dice, amor? —le preguntó a su marido—. ¡Ya nunca volveremos a sentir miedo de que alguien nos dispare con una escopeta!

—Formaremos —continuó en tono solemne el zorro— una pequeña comunidad subterránea... un pueblo, con casas y con calles... En esta calle vivirán los señores Tejón... En esa, los Topo... En la de más allá, los señores Comadreja... el señor y la señora Conejo... la familia Zorro... Y cada mañana, un servidor de ustedes irá de compras... y cada tarde, nos reuniremos a comer las delicias que prepara mi señora... y viviremos

123

felices... y comeremos perdices... o patos... o lo que sea.

Una gran ovación cerró el brillante discurso del zorro. Los animales aclamaban a su jefe.



## La larga espera

Mientras tanto, en la boca del túnel, los granjeros Benito, Buñuelo y Bufón esperaban sentados, con las escopetas preparadas, junto a las tiendas de campaña. Empezó a llover. El agua les caía del techo de las tiendas, se les colaba por el pescuezo, les cosquilleaba la espalda y les llegaba hasta las plantas de los pies.



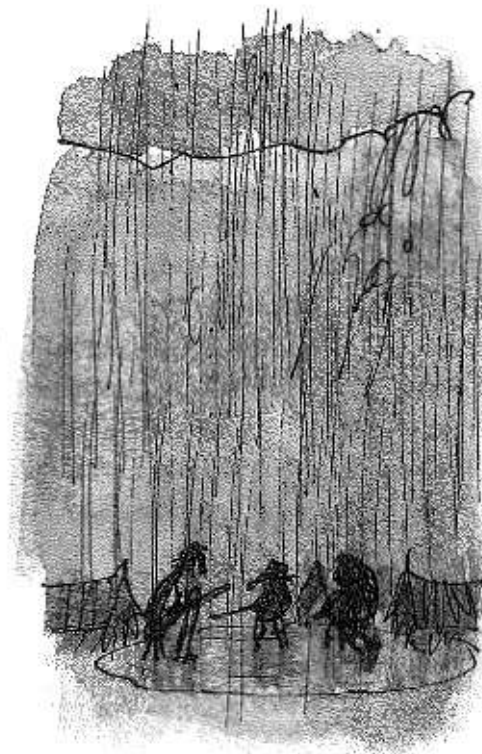
125

— ¡No tardará mucho en salir! — dijo Buñuelo.

— ¡Debe estar muerto de hambre! — aseguró Bufón.

— Hay que estar prevenidos, muchachos... — dijo Benito—. ¡Está a punto de salir!

Los tres granjeros, muy serios, esperaban sentados la salida del zorro... y esperaron... y esperaron... ¡y todavía esperan!





## QUENTIN BLAKE

Nació en 1932 en la población inglesa de Sidcup. Comenzó a dibujar en sus años de escuela y cuando tan sólo contaba dieciséis, vio publicados sus primeros dibujos en la revista humorística *Punch*. Durante sus estudios de Letras en la Universidad de Cambridge continuó colaborando con diferentes publicaciones. En 1960 apareció su primer libro. Desde entonces no ha parado de ilustrar libros para niños y también para adultos, algunos de ellos escritos por él. Desde 1965 es profesor del «Royal College of Art» de Londres. Su dibujo es claramente identificable por su espontaneidad y aparente sencillez. Detrás de su estilo fluido, está el talento de un artista genial en el que se aúnan el humor, la ternura y buenas dosis de provocación y sátira. En España su trabajo ha alcanzado una extraordinaria difusión, principalmente sus ilustraciones de los libros de Roald Dahl, tal vez el escritor para niños y jóvenes más leído y celebrado por éstos en los últimos años. El propio Dahl opinaba de su amigo y colaborador «Para mí es el mejor ilustrador de libros para niños del mundo.»

## ROALD DAHL

Nació en Llandaf, un pueblecito del País de Gales, en el seno de una familia acomodada de origen noruego.

A los siete años fue internado en un colegio inglés, donde sufrió el rígido sistema educativo británico que reflejaría luego en algunos de sus libros.

Terminado el Bachillerato, y en contra de las recomendaciones maternas para que cursara estudios universitarios, entró a trabajar en Shell, la compañía multinacional petrolífera, en África.

En ese continente fue donde le sorprendió la Segunda Guerra Mundial, en la que tomó parte. Se hizo piloto de aviación en la Royal Air Force; fue derribado en combate, y pasó seis meses hospitalizado. Después fue destinado a Londres, y en Washington empezó a escribir sus aventuras de guerra.

Su incursión en la literatura infantil estuvo motivada por los cuentos que narraba a sus cuatro hijos. En 1964 publica su primera obra, *Charlie y la fábrica de chocolate*. También escribió guiones para películas; concibió personajes famosos como los *Grellins*, y algunas de sus obras han sido llevadas al cine.

Roald Dahl murió en Oxford a los 74 años de edad.